

UNA habitación, y tras los cristales de la ventana, el cementerio de Montparnasse, un paisaje de árboles. Desde hace seis meses, Luis Buñuel vive en este hotel apacible, en este barrio al que vuelve cada vez que rueda en París y que fue su barrio hace años, cuando vivía en un apartamento de la calle Pascal, en la época surrealista. Una habitación de hotel sencilla, austera: dos sillones, una silla y una mesa. Aquí, Buñuel recibe a sus amigos. Hoy hablamos de su película «Le Charme discret de la bourgeoisie».

—Esta película está en la línea de «El ángel exterminador» —explica—. En mi obra hay tres líneas. A la surrealista pertenece «El ángel exterminador», la realista está ejemplificada por «Tristana», mientras que «La Vía Láctea» pertenece a la línea teológica. Yo me río de la Teología, pero con «La Vía Láctea» quería expresar el conflicto del pensamiento humano y el fenómeno de la herejía, que existe tanto en el arte como en la política.

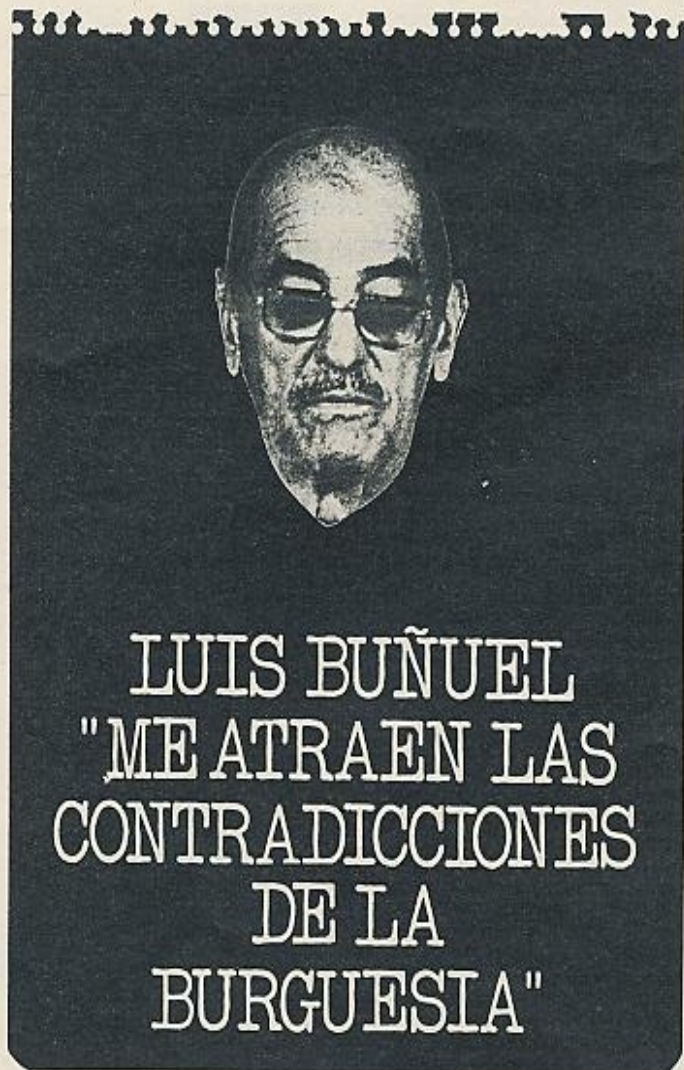
—Sus películas nacen de una imagen...

—De una imagen o de una pequeña idea. Este film en particular nació de la siguiente idea: un grupo de burgueses se reúnen para una cena que no podrá celebrarse. Lo mismo ocurre en «El ángel exterminador»: unas cuantas personas se reúnen en una habitación, de la que no podrán salir. ¿Por qué es imposible esa cena? ¿Por qué no se puede pasar el umbral de una habitación? Todas estas preguntas me las he formulado después. Y es entonces cuando he tratado de buscar, de imaginarme respuestas posibles. «Le Charme discret de la bourgeoisie» es un film de hallazgos, de apariciones, un film de inspiración irracional —y no fundado en un pensamiento dirigido—, una película libre, sincera, que ha nacido así.

«Cuando una imagen me sorprende, la conservo, no la analizo y no me pregunto cómo ha surgido; si por asociación de ideas, si de una emoción, de un sueño, de un recuerdo. Nosotros, los surrealistas, nos dejamos invadir por la imagen. «El perro andaluz» era ya una serie de imágenes.

—¿No es precisamente una de esas imágenes la carretera por la que avanzan los burgueses del film?

—Sí. De repente me vino la imagen de una carretera, que, además, aparece a través de la película repetidas veces como «leit-motiv». En un principio pensé que podía mostrar a los burgueses normales la primera vez, aburridos la segunda vez, y una tercera vez, fatigados, heridos. Pero luego me di cuenta de que lo mejor era conservar la imagen tal cual, en su «inocencia», para no suscitar una interpretación simbólica, para que no se diga: es el final de la burguesía, la sociedad que no sabe a dónde va. Claro, que seguramente habrá



F. Rey, embajador sudamericano, afronta a una guerrillera.

quien encuentre símbolos en esta película, como siempre. Sin embargo, yo nunca he empleado símbolos adrede. Esta escena sólo muestra a un grupo de gente que camina por una carretera.

—¿Estaba ya listo su film desde hace tiempo?

—Llevaba dos años y medio trabajando en él. No todo el tiempo, claro está, pero el suficiente como para hacer cuatro versiones antes de la definitiva. Escribí el guión (1) sin cobrar un céntimo, para no sentirme coaccionado en ningún momento. Procedí del mismo modo con «La Vía Láctea», y fue Serge Silberman, el productor de aquel film, quien insistió para que rodase «Le Charme discret de la bourgeoisie». El se empeñaba en que realizase el film y yo me negaba obstinadamente. Temía no poder resistir la tensión nerviosa del rodaje. Pero Silberman insistió tanto —vino a verme a Méjico cinco veces y dos a Madrid—, que terminé por ceder.

«Hoy me alegro, puesto que he conseguido una especie de victoria física sobre mí mismo. Se lo he agradecido a Silberman. Sin embargo, estaría igual de contento si no hubiese hecho esta película. Soy un poco nihilista y no concedo demasiada importancia a lo que hago.

—En mil novecientos sesenta y cinco, primero, y luego en mil novecientos sesenta y siete, usted aseguró que no quería seguir haciendo cine.

—Sí. Tenía entonces un deseo profundo de paz. Sentía la necesidad de vivir tranquilo mis últimos años. Después dudé de mi decisión, cedí, recuperé el amor al oficio que creía perdido. Y continué, aún continuo. Por eso ya no digo nada, no quiero coquetear.

«He tenido muchas facilidades por lo que respecta a esta película. Tenía frente a mí un pequeño aparato de televisión unido a la cámara, en cuya pantalla podía controlar la acción en todo momento. De ese modo era posible hacer al mismo tiempo de realizador y de cámara. Al principio me sentía más cámara que otra cosa y me interesaba más por la composición que por la acción. Luego «rectifiqué» e hice compatibles ambas tareas. Me gustaría rodar en las mismas condiciones si hago otra película.

—Usted sigue evocando a la burguesía...

—Conozco a la burguesía mucho mejor que al proletariado, y la presentaba en «El ángel exterminador». Me atraen sus contradicciones. Pero soy muy poco intelectual: actúo más por intuición que por reflexión. La crítica viene después. Cuando pensé en un grupo de gente que se reúne para una cena, «vi» inmediatamente que se trataba de burgueses. De

(1) «En realidad —subraya Buñuel—, quien ha escrito el film ha sido mi colaborador Jean-Claude Carrière. Yo le brindo mis ideas, pero personalmente no escribo nunca una palabra ni una preposición».

ahí el título del film. La burguesía tiene cierto encanto, pero el adjetivo «discreto» adopta un sentido irónico.

«Con los títulos ocurre un poco como con las imágenes: la película hubiese podido titularse igualmente «La mesa coja». Pero no, bromeo. Para los surrealistas, el título era una creación esencial que completaba la obra. En «El ángel exterminador» no hay exterminación, pero existe, creo yo, una relación oculta entre el título y el film. Tal vez lo mismo ocurra con mi último film.

«Quisiera repetir que ninguna de mis películas está fundada en una reflexión «a priori». Yo buceo en las fuentes de lo «negativo», de lo grotesco, del humor negro, pero sin pretenderlo. Siempre afloran las mismas tendencias, las mismas obsesiones, las mismas manías. Todos mis films tienen un parentesco entre sí.

—La muerte está a menudo presente en este último.

—Es, como siempre, algo instintivo. Siento una mezcla de atracción y repulsión hacia la muerte, y ésta siempre se halla presente en mí. La idea de la muerte me viene muy a menudo. Pero en esta película, es verdad, hay muchos muertos. Conté el argumento a uno de mis amigos, y entre los dos contamos un total de diecisiete muertos. Con los espectros.

—¿Y Dios?

—La religión me afectó mucho durante mi infancia, pero la fe la perdí a los quince años. Si evoco la religión es porque ocupa en el mundo un lugar muy importante. Y si hablo del catolicismo es porque lo conozco mejor que el zen. Pero no estoy en absoluto obsesionado por el problema de Dios. Es algo que resoltví hace ya mucho tiempo.

—¿Por qué hay un obispo en la película? ¿Y, además, un obispo jardinero?

—Para mostrar a la burguesía me era preciso utilizar a un representante de la Iglesia. Era pues, más fácil sacar partido de un obispo, y el hecho de que sea al mismo tiempo jardinero contribuye a dar una mayor comicidad a su actuación.

Sueños como caprichos

—¿Qué pensó usted de su film al verlo el otro día?

—Era la primera vez que lo veía y también la última. Me gusta ver mis películas solamente una vez y en compañía de algunos amigos. Por lo que se refiere a este último, sentí en la sala un magnetismo especial que me agradó. Me horroriza volver a ver mis películas. En Nueva York entré con mi hijo en un cine donde proyectaban «Tristana», y tuve que salirme a la segunda bobina.

«Llega un momento en que uno está hasta las narices de su propio trabajo y ya no ve nada.

Después de haber montado mi película, me sentí decepcionado. No es que el otro día me enamorase de mi película, pero la verdad es que me gustó más. Seguramente porque estaba con mis amigos.

«Me gusta mucho, por ejemplo, el embajador sudamericano y el instante en que dice al coronel que le ha injuriado: «Desprecio al Ejército en su totalidad». La reacción del embajador me hace reír, pues conozco la vanidad ultranacionalista de los sudamericanos. Me gusta también el sueño del sargento con la calle, los fantasmas. Es un sueño que he tenido yo mismo: yo buscaba a mi madre entre las sombras. Los demás sueños son en broma, diferentes. Son como caprichos; podía haberlos eliminado y el film hubiese quedado igual. Bueno, un poco menos divertido. ¿Sabe usted?, a mí no me gusta demasiado hablar de mis films, me gusta que sean los propios films quienes hablen a la gente.

—Todas las noches vuelve usted a ese hotel de Montparnasse para acostarse pronto...

—Sí, preparo mi cena y me acuesto a las ocho y media. Necesito escapar al barullo actual, necesito encontrar tiempo para descansar interiormente. En seis meses sólo he salido cuatro noches. Llevo una vida de monje.

No hay más que bacas de coche

—¿No es «El monje» el título de una película que usted iba a rodar?

—Sí, pero eso está ya resuelto. Lo hace Ado Kyrrou. Si no ruedo inmediatamente una película por mí concebida, la idea deja de interesarme. Realizarla con retraso es como hacer una segunda versión, como volver a hacer «El ángel exterminador», por ejemplo. No, en estas condiciones la película se ha convertido en un cadáver que yo no quiero resucitar. Además, para mí, el rodaje es una especie de accidente, puesto que mis películas están en mi cabeza montadas.

—¿Cómo se siente usted en nuestra época?

—Me siento muy poco violento actualmente. Soy, es verdad, violento, pero imaginativamente. Sin duda, sigo siendo fiel a mis viejas rebeliones, pero hoy, con tanta confusión ideológica, he perdido casi mis ilusiones y no puedo, por experiencia, confiar en los nuevos regímenes políticos. Para mí, actualmente, la explosión demográfica es la principal responsable de todas las catástrofes modernas. Me apasiona la Ecología, por eso tengo un gran sentimiento de ternura hacia la Naturaleza. ¿A dónde va el mundo? Lo ignoro. Creo que hay muy poca gente satisfecha con nuestra época, interesante pero angustiosa.

«Una de mis obsesiones es el automóvil. París desaparece. No

YVONNE BABY

«Siento una mezcla de atracción y repulsión hacia la muerte, y ésta siempre se halla presente en mí. La idea de la muerte me viene muy a menudo».

hay más que bacas de coche por todas partes. A veces siento unas ganas tremendas de huir, de subirme a la columna de Simeón el Estilita. Siempre voy a restaurantes vacíos, porque aunque sean malos, los prefiero a esos restaurantes llenos en los que hay cuarenta personas esperando sonrientes, plácidas. Sigo creyendo en la multitud ideológicamente organizada, pero trato de huir de toda esta muchedumbre desorganizada.

«Aun cuando siga siendo pesimista respecto al porvenir de la Humanidad, no soy un hombre triste ni un hombre amargo, todo lo contrario. Vivo integrado en la muchedumbre humana, contento. Vivo, por eso soy feliz.

«Pero me aíso de lo que me ofrece la sociedad. Lo que me gusta es tomar una copa con mis amigos, hablar, bromear con ellos.

«Me parece que la juventud experimenta una angustia idéntica a la que yo puedo sentir a mi edad. En mayo del sesenta y ocho, esa juventud se echaba a la calle con «slogans» muy surrealistas. No sabían a dónde iban, pero su gran ímpetu expresaba la angustia de nuestro tiempo.

«En mayo del sesenta y ocho yo rodaba «La Vía Láctea». Por la mañana iba a la Sorbona y me paseaba por las calles. Espiritualmente, tenía necesidad de ver a todos aquellos jóvenes, de saber lo que hacían, lo que pensaban. Yo no hacía nada; era un simple observador, pero sentía hacia ellos una simpatía romántica.

—¿Lee usted?

—Leo con placer, no con dolor, libros sobre el exceso demográfico, el consumo, la destrucción, la contaminación, la Ecología —como éste, que tiene un título maravilloso «La primavera silenciosa»—, libros que expresan la tristeza y la ferocidad de nuestra sociedad. Los fenómenos actuales, los problemas «activos», inmediatos, de nuestro mundo, son lo que más me preocupan; son cosas que nada tienen que ver con lo que habían previsto Marx y Lenin. No tengo ganas de leer «El capital». Además, no lo entendería, pues no tengo una cabeza matemática, ni un libro sobre el sindicalismo. Pero ya he hablado suficiente, no quisiera pronunciar una conferencia «ex cátedra» ni filosofar.

—¿Quisiera usted hacer una película relacionada con estos problemas?

—Sí, me gustaría. Me gustaría filmar estos problemas y tratarlos de manera novelesca para llegar al público. En circunstancias normales sería una película muy costosa, pero creo que podría, como otras veces, trabajar con pocos medios y en un ambiente poco costoso. No soy ningún científico, y mi película podría comenzar perfectamente con la imagen de un ciego que se pasea por una avenida. Lo demás saldría poco a poco. ■ Declaraciones recogidas por YVONNE BABY.

«Me apasiona la Ecología, por eso tengo un gran sentimiento de ternura hacia la Naturaleza. ¿A dónde va el mundo? Lo ignoro. Creo que hay muy poca gente satisfecha con nuestra época, interesante pero angustiosa».